

Oswaldo Soriano

NO HABRÁ

MÁS PENAS

NI OLVIDO



NOVELA

DE RÓN O MUE,

«¿Cómo narrar una guerra en la que todos se matan y mueren invocando a un Ausente? Sólo Soriano supo hacerlo [...] como si corriera. Porque perseguía hechos escurridizos. Y sabía que, si uno solo de ellos se le escapaba, no lograría reflejar cómo fue posible que un peronista muriera por la exacta, idéntica causa por la que él mataría a ese otro peronista que ahora estaba matándolo». (JOSÉ PABLO FEINMANN)

«Humor negro, acción vertiginosa, diálogos apretados y chispeantes, un estilo rápido y seco como el de un Hemingway tragicómico, hacen de esta novela una lectura apasionante. Y sitúan a Oswaldo Soriano en una línea absolutamente diferente a la de los autores latinoamericanos del Boom». (ITALO CALVINO)

«Yo le agradezco como lector el incesante, perfecto humor de su prosa, de las situaciones y los sobrentendidos. Y esos diálogos, que le dan al relato su ubicación perfecta y esa verosimilitud de lo absurdo que es privilegio de los mejores novelistas». (JULIO CORTÁZAR)

Prólogo

Lo primero que noqueaba (porque esta novela noqueaba, noquea y seguirá noqueando) era la asimetría entre la dimensión de la tragedia narrada y el minimalismo de los recursos narrativos. Empezar así, con un diálogo, abriendo guión y largando esa frase («Tenés infiltrados») era una bofetada a la literatura universal, o un recurso poderoso, una apuesta tenaz de la que el autor no renegaría en el vértigo que se avecinaba. Soriano venía a contar una historia, y la historia era tan gigantesca que toda opulencia del lenguaje habría de dañarla, desmerecerla. Si el *Facundo* empieza con una grandiosa invocación grecolatina, si reclama a un muerto ilustre que se levante de entre sus cenizas ensangrentadas para explicarnos los secretos de las convulsiones de un «noble pueblo», Soriano no tiene tiempo para tanta alharaca. Escribe como si corriera, escribe en busca de hechos opacos, escurridizos, ostensibles y, a la vez, indescifrables. Y pareciera creer que si uno de esos hechos, uno solo, se le escapa, el todo se vuelve incomprensible. O peor aún: inenarrable.

¿Cómo narrar lo excesivo? ¿Cómo narrar una guerra en la que todos se matan y mueren invocando a un Ausente? ¿Cómo narrar —por ejemplo— la muerte del jefe de bomberos? Es el instante más irracional de una novela consagrada a expresarlo, a expresar la muerte de la razón y el triunfo devastador de la pulsión de muerte. Es, también, un episodio lateral. A mí —al leerlo hace muchos años y al releerlo ahora— me quitó la respiración. Ese hombre simple, ese jefe de bomberos, ante la visión de un incendio tan

apocalíptico que —sabe— jamás podrá apagar ni atenuar, mira a los desafortunados protagonistas de esa historia sin contornos y murmura: «Dios los proteja». Y luego, con infinita sencillez, el narrador (ese narrador-testigo, ese narrador-espejo que jamás emite una opinión, que jamás mancha con su subjetividad la materia esencial de lo narrado) describe: «Se llevó la pistola a la sien derecha y apretó el gatillo».

Esta economía expresiva es fundante en el lenguaje-Soriano. Torpemente, se dijeron sobre ella vacuidades de triste memoria. Que la novela no era tal cosa sino un mero guión de cine, por ejemplo. Alguna vez habrá que revisar las valoraciones de los operadores de la universidad alfonsinista de los 80, que, entre otras cosas, eligieron a Soriano blanco dilecto de sus agravios. No es el momento. Pero la economía expresiva del autor se leyó como pobreza de lenguaje, como escritura fácil, como sencillismo. Entretanto se ensayaba una exaltación del arte pop, se leía a Puig desde Warhol y Lichtenstein, se le elogiaba su escamoteo del «narrador convencional» y se adhería a la vieja teoría barthesiana de la muerte del estilo. O del autor. Se exaltaba la literatura de Saer y se encontraban allí los restos inteligentes de un tardío *nouveau roman*, esa estética que elimina la historia, el sujeto y consagra la absolutización del objeto. A su vez, la novela de Piglia, *Respiración artificial*, era un texto omnipresente, hipercanónico, que arrojaba sombras condenatorias sobre los restos indignos, insignificantes de la literatura argentina.

De esto no eran culpables ni Saer ni Piglia. Eran, en todo caso, elementos de un aparato cultural poderoso. Escribe el filósofo Raúl Cerdeiras: «A *Punto de Vista*, *La Ciudad Futura*, *El Club Socialista*, en definitiva, al alfonsinismo, le asignaron los laureles de la democracia, que después de un arrepentimiento público por las locuras de su juventud y de escupir una y mil veces sobre la tumba del viejo Marx, fueron premiados con todo el aparato cultural de la Universi-

dad de Buenos Aires» (*Acontecimiento*, n.º 24/25, 2003). Fueron los pequeños discípulos de tan vastos maestros quienes se arrojaron sobre el lenguaje de Soriano y sus historias «sencilistas». No fue un odio liviano, pasajero. Fue una épica. En los 80 cundía el «pensamiento débil» de la posmodernidad pero en los odios, exclusiones y silencios, los espacios se defendían y se conquistaban a dentelladas. Recuerdo el comienzo de un soneto de un «joven poeta» de esos años: «*Mezcla de monja y de culo / porque es sor y ano*». De ese «joven poeta» ni el nombre recuerdo (aunque si me lo preguntan sin duda sabré decirlo). De Soriano (a seis años de su muerte) se publican sus obras completas. Sin embargo, no le hicieron fácil la vida. Jamás diría —como algunos dicen— que lo mataron, pero siempre que les fue posible pusieron veneno, abundante, en su café.

La complejidad de esta novela es irresoluble. Se podrá —como se puede y acaso se debe— leer de «un tirón». Son algo más de cien páginas, de oraciones breves y abundantes diálogos. Sin embargo, no tiene fin. Narra la imposible comprensión de lo incomprensible. Pareciera que hay «buenos» y hay «malos». Pareciera que el problema moral está resuelto. Pareciera que los «malos» se quedan con la victoria de la batalla y los «buenos» con la pureza del alma. Pero hay algo demasiado incómodo. Todos —«buenos» y «malos»— creen en lo mismo. Luchan por un ideal que se resume en un solo nombre. El de Perón, el del Ausente. Se trata, claro, de una guerra civil, y en este tipo de guerras todos dicen luchar por la patria, por la «misma» patria. O más claramente: por una interpretación de esa patria. No se ve tal cosa en la novela de Soriano. Porque el «sentido» no está en manos de los protagonistas. La decisión sobre la «verdad» la tiene el Ausente, y el Ausente no habla, no está; mal puede, así, establecer el «sentido». Todos matan y todos mueren sin saber por qué. Por Perón, por una lejanía.

Una de las modalidades de ser argentino es tener que explicar interminablemente qué es el peronismo. Es muy fá-

cil. Soriano lo explica. «Soy peronista», dice Mateo, uno de sus personajes. «Nunca me metí en política». Si meterse en política es elegir una opción entre muchas, ser peronista es no meterse, no elegir, ser parte del todo, de la simple y sencilla vida vivible. El sindicalista Lorenzo Miguel teñía una definición semejante: «Ser peronista es comer tallarines los domingos con la vieja». En el vacío infinito que abren estas indefiniciones entra todo. Ser peronista es ser tanto que es ser todo. Al ser todo, ser peronista es ser nada. Así, cualquiera puede acusar a otro de no ser algo que es todo, que contiene a todos y autoriza a todos a decir que «los otros» son otra cosa. ¿Cómo puedo morir por la exacta, idéntica causa que matará a quien ahora me mata? En esa indefinición, en esa totalidad que se confunde con la nada al no instaurar un sentido, lo que vive es la Muerte. El «sentido» está afuera. El «sentido» es posesión del Ausente, que solía definirse a sí mismo como «Padre Eterno». Llegamos al punto en cuestión: el Ausente ocupa el lugar de Dios. Todos creen en él, esperan su bendición, saben que cuando «vea», cuando «sepa», les dará la razón, y todas las muertes habrán tenido el sentido que las redimirá, que las hará tolerables.

Pero no. El Ausente no viene, no ve, no habla. Caramba, ¿por qué pedirle un sentido al peronismo si la historia misma no lo tiene? ¿O acaso los hombres, en los campos de batalla, supieron alguna vez el sentido último de sus propias muertes? El *Angelus Novus* de Benjamin no veía en la Historia una «cadena de datos» (un sentido, una racionalidad), sino «una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina». Así queda Colonia Vela (el lugar en que Soriano expresa la condición humana) al final de la novela: sólo la catástrofe, sólo las ruinas. El autor, no obstante, sale aquí de su distanciamiento, de su grado cero, y elige. Hay personajes que son los suyos, los que él ama. Equivocados o no, manipulados, torpes, infinitamente lejanos de los sitios donde sus destinos se resuelven, clavan su

mirada en el horizonte y creen —en la pureza de sus corazones— que el nuevo día será mejor que el anterior. Porque será un día peronista.

JOSÉ PABLO FEINMANN
julio 2003

A la memoria de mi padre

*Mi Buenos Aires querido
cuando yo te vuelva a ver
no habrá más penas ni olvido.*

CARLOS GARDEL

I

—Tenés infiltrados —dijo el comisario.

—¿Infiltrados? Acá sólo trabaja Mateo, y hace veinticuatro años que está en la delegación.

—Está infiltrado. Te digo, Ignacio, echalo porque va a haber lío.

—¿Quién va a hacer lío? Yo soy el delegado y vos me conocés bien. ¿Quién va a joder?

—El normalizador.

—¿Quién?

—Suprino. Volvió de Tandil y trae la orden.

—Suprino es amigo, qué joder. Hace un mes le vendí la camioneta y todavía me debe plata.

—Viene a normalizar.

—Normalizar qué. Estás leyendo muchos diarios, vos.

—El Mateo es marxista comunista.

—¿Quién te metió eso en la cabeza? Mateo fue a la escuela con nosotros.

—Se torció.

—Pero si lo único que hace es cobrar los impuestos y arreglar los papeles de la oficina.

—Yo te aviso, Ignacio, echalo.

—Cómo lo voy a echar, gordo. Se me va a venir el pueblo encima.

—¿Y para qué estoy yo?

—¿Para qué estás?

—Para cuidar el orden en el pueblo.

—Vamos, gordo, vos estás jodiendo. Andá a la mierda.

—Te digo en serio. Suprino está en el bar. Te va a ir a ver, te va a aconsejar.

—Que me pague lo que me debe antes. Si no, te lo voy a denunciar.

Ignacio salió de la comisaría. Dos agentes que estaban en la puerta, bajo un árbol, lo saludaron. Montó en la bicicleta y pedaleó despacio. Iba pensativo. El sol calentaba con treinta y seis grados esa mañana. Cuando llegó a la esquina, aminoró la marcha y dejó que cruzara el camión de Mantecol que repartía los sifones. Pedaleó hasta la otra cuadra, en pleno centro del pueblo, y paró frente al bar. Dejó la bicicleta en la vereda, a la sombra, y entró. Se sacó la gorra y saludó con una mano; le contestaron dos viejos que jugaban al mus. Fue hasta el mostrador.

—Hola, Vega. ¿Lo viste a Suprino?

—Recién se va. Está alborotado. Se fue a verlo a Reinaldo a la CGT ¿Va a haber huelga?

—¿Dónde?

—Acá. Dice Suprino.

—Putá che, están todos locos. Dame una Coca-Cola. La tomó de la botella, a tragos largos.

—¿Qué pasa, Ignacio?

—Qué sé yo. ¿Qué más te dijo Suprino?

—Poca cosa. Que vas a renunciar.

—¿Yo?

—Vos y Mateo. Dice que son traidores.

—¿Eso dijo?

—Sí.

—¡Hijo de puta!

—Que sos traidor. Lo dijo delante de Guzmán.

—¿Qué hacía el martillero acá?

—Lo estaba esperando, me parece. Se fueron juntos a la CGT.

—Vos sabés que Guzmán no es peronista. Nos cagamos a golpes por eso en el 66.

—En la plaza, me acuerdo.

—Me hizo meter preso por peronista cuando Soldatti era comisario. Cobrame.

—No —Vega sonrió con su dentadura amarillenta y desapareja—. Si te vas a quedar sin trabajo.

—Bueno, chau.

Ignacio tomó la bicicleta y pedaleó fuerte. Un golpe de Estado. Una sonrisa amarga apareció en su cara: «A mí me van a enseñar a ser peronista». De pronto sintió un extraño brío. Nunca pensó que tendría que enfrentar un golpe de Estado, como Perón, como Frondizi, como Illia. Llegó a la plaza. Dejó la bicicleta contra un banco y caminó hasta la arboleda más tupida. Eran las once y la plaza estaba desierta por el calor. Se sentó en el césped y sacó un cigarrillo.

—¿Cómo le va, don Ignacio? —dijo el placero.

—Dejame que voy a pensar. Andá a regar más allá.

Se tapó la cara con las manos. «Me quieren mover el piso», se dijo en voz alta. Fuera de la plaza, los parlantes empezaron a vocear propaganda. Trató de repasar la situación. Suprino era secretario del Partido. Ignacio lo había mandado el día anterior a Tandil a pedir al intendente que votara la partida para ampliar la sala de primeros auxilios. Volvió agrandado y consiguió meter en algún asunto al comisario y a Guzmán. Ahora lo querían joder. «Pero el pueblo me eligió a mí. Seiscientos cuarenta votos. ¿Qué es eso de que Mateo es comunista? Cuando lo echaron a Perón, en el 55, ya estaba en la municipalidad. Estuvo después, estuvo siempre. Nunca le pregunté si era comunista. Bolche es Gandolfo. De siempre fue, pero lo saben todos. Es el único en Colonia Vela. Tiene la ferretería y nadie lo jode. Si hasta estuvo en la comisión vecinal una vez. Y yo soy infiltrado de qué, la puta que los parió; los voy a meter a todos presos, carajo».

—¡Che, Moyanito, vení!

El placero soltó la manguera y caminó apurado.

—Diga, don Ignacio.

—Decime, ¿qué te parece si los meto presos a Guzmán y a Suprino?

—¿Qué hicieron, don Ignacio?

—Se han sublevado.

—¿Qué es eso?

—Me quieren echar.

—¡A usted!

—Sí. A mí y a Mateo.

—¡Pero don Mateo de qué va a vivir! ¡Tiene la señora enferma y la hija estudia en Tandil!

—Nos quieren echar.

—¿Por qué, don Ignacio?

—Dicen que no soy peronista.

—¿Que no es peronista? —el placero se rió—; yo lo vi a usted a las piñas acá con Guzmán por defenderlo a Perón.

—Los meto presos.

El viejo placero se quedó pensando.

—¿Y qué dice el comisario?

Ignacio recibió la pregunta como un hachazo. Se paró y corrió hacia la bicicleta.

—¿Dónde está el comisario?

El preso que lavaba el zaguán levantó la vista y se cuadró.

—Adentro, con el oficial Rossi y los seis milicos. Me sacó del calabozo y me mandó que lavara la bandera y el piso.

Ignacio entró. La oficina estaba desierta. Salió al patio y los vio. El comisario estaba frente a la tropa y Rossi a su lado, con el uniforme más limpio. Alcanzó a escuchar que el comisario gritaba: «para terminar con el enemigo apátrida que se ha infiltrado en Colonia Vela».

—Venite a mi oficina, Rubén.

—No me des órdenes, Ignacio.

—¿Qué mierda hacés cagado de calor en el patio? Vení a la oficina.

—No voy. No va nadie. Vos no me das más órdenes, Ignacio. Sos un traidor.

Ignacio supo que no bromeaba. Lo miró fijamente un rato, luego se dio la espalda y salió. En el zaguán se paró frente al preso.

—¿Cómo te llamás, vos?

—Juan Ugarte, señor.

—Te vas al municipio y me esperás allá.

—Sí, don Ignacio.

El delegado tomó la bicicleta y salió. El preso corrió calle arriba. Era mediodía. Por los parlantes una voz gritaba tan fuerte que sólo se oía un chillido confuso.

—¡Compañeros! ¡Compañeros!

Ignacio reconoció la voz de Reinaldo.

—¡Compañeros! ¡Los comunistas de Colonia Vela traban nuestros justos pedidos de fondos para la guardia de primeros auxilios! ¡Demoran el permiso para construir el monumento a la madre! ¡Impiden la instalación de las cloacas! ¡Compañeros! ¡Echemos a los traidores Ignacio Fuentes y Mateo Guastavino! ¡Con la CGT de los trabajadores y la policía del pueblo desbarataremos la maniobra sinárquica contra Colonia Vela! ¡Compañeros! ¡De pie en apoyo del secretario general del justicialismo, compañero Suprino! ¡Hagamos tronar el escarmiento contra la oligarquía marxista!

Ignacio frenó la bicicleta con el taco del zapato y la dejó contra el frente del almacén. Era un viejo caserón que había sido de su padre, como también el negocio que ahora atendía su mujer.

Felisa envolvió los cien gramos de jamón, los entregó a una chica de largas trenzas y se limpió las manos en el delantal.

—Ya cierro, Ignacio. La comida está casi lista.

—¿No escuchás los parlantes?

—No les presté atención.